



La correspondencia dirigirse
a «LA REBELIÓN» Casilla de
Correo Núm 260

PERIÓDICO QUINCENAL SUSCRIPCIÓN VOLUNTARIA

Los originales no se devuelven
El autor debe firmarlos

: : : : : : : : : :

EL GRAN CRIMEN DE CHICAGO

Reseña histórica de los sucesos 11 de Noviembre - 1886 - 1908

I
Celebrado el segundo Certamen Socialista en memoria de los anarquistas asesinados por la justicia norteamericana, y publicados ya todos los trabajos que obtuvieron del jurado verdicto favorable, consideramos necesario concluir la obra emprendida por el grupo «Once de Noviembre» con una breve reseña de los sucesos acaecidos en Chicago, cuyo bárbaro y sangriento epíteto ha conmovido fuertemente a todos los hombres de buenos y honrados sentimientos.

Ya que desde la primera a la última línea de lo que va publicado, nada hay que no se haya hecho en honor de aquellos hombres inmortales, que supieron afrontar heroicamente el sacrificio y el martirio por defender sus ideas generosas de emancipación humana, queremos que una vez más la lúgubre historia del inaudito crimen, cometido por la burguesía y por la justicia de Chicago, sea transmitida por la prensa a nuestros descendientes, para que enfrente de la falseada historia de los hombres del Estado y del capital, se alce en mil formas distintas y en mil distintos libros la veraz historia de los que ante todo rinden culto debido a las grandezas de los que saben morir por sus semejantes y desprecian a los que sobre todo colocan su egoísmo brutal y su maldad sin límites.

Nada hay semejante al sacrificio realizado por los buitres capitalistas de Norte América en las personas de unos cuantos compañeros nuestros, sin otro delito que propagar las ideas del socialismo revolucionario; nada, pues, que mejor justifique la insistencia pertinaz de los trabajadores conscientes, de los trabajadores que luchan uno y otro día por la emancipación integral de todos los hombres, en lanzar constantemente a los cuatro

vientos el recuerdo imperecedero de aquellos días de infamia y crueldad burguesa y de heroísmo y abnegación obrera.

Cuando se repasan en la memoria aquellos acontecimientos, cuando por cualquier incidente se provoca el recuerdo de las víctimas, cuando aquí ó allá se lee una referencia, ó se oye una cita que afectan en algo a la fecha del 11 de Noviembre de 1887, surge de nuevo y se reaviva en nuestros pechos el espíritu revolucionario, el ansia de justicia, y acaso también el anhelo ardiente de la revancha.

Por esto es poco cuanto se haga, por esto es poco cuanto se diga, poco también cuánto pueda escribirse en periódicos, folletos y libros. El 11 de Noviembre debe ser la bandera que den al viento sin cesar todos los revolucionarios sinceros, bandera que no ha de plegarse jamás, ni abatirse, ni esconderse. La clase trabajadora, única en que, a pesar de la general corrupción, viven las grandes virtudes, no debe olvidar aquella fecha, no debe olvidar aquellos héroes, no debe olvidar aquellos verdugos: su bandera ha de ser la nuestra, si no se prefiere eterna esclavitud y miseria eterna a la completa libertad y al bienestar definitivo de todos los hombres. Y nuestra bandera no es, no puede ser otra que la del 11 de Noviembre, la bandera de la Anarquía, con la cual moriremos, cueste lo que cueste y a pesar de todos los atropellos y vandalismos de los poderosos.

Y puesto que los hechos enseñan con frecuencia más que las mejores teorías, exponamos los hechos, y que de ellos deduzcan nuestros hermanos de infortunio la terrible realidad en que vivimos, y columbren la espléndida y bellísima realidad de que podemos y debemos vivir.

Por esto, en fin, una vez más nos hemos propuesto reproducir la histo-

ria del crimen de Chicago, enarblando la enseña gloriosa que sirve hoy de lazo de unión a todos los revolucionarios del mundo.

II
Para historia una de las manifestaciones más grandiosas de la fuerza revolucionaria que representamos, preciso es que, aunque a la ligera, exponamos algunos antecedentes importantes.

El movimiento obrero en favor de una reducción de la jornada de trabajo, comenzó en la América del Norte a principios del siglo. En los centros industriales de aquel extenso territorio agitóse principalmente la clase trabajadora, siendo los constructores de edificios los primeros en iniciar el movimiento.

Ya en 1803 y 1806 respectivamente, se organizaron los carpinteros de ribera y los carpinteros de construcciones urbanas de Nueva-York. En 1832 se hizo en Boston la primera huelga en favor de las diez horas por los calafateadores y carpinteros, y aunque no obtuvo resultados en aquella ciudad, ganaronla en cambio los huelguistas de Nueva-York y Filadelfia.

El movimiento obrero adquirió gran incremento en 1840, a raíz de ser promulgada por el presidente de los Estados Unidos, Martin Van Buren, la jornada legal de las diez horas para todos los empleados del gobierno en las construcciones de la armada.

De día en día fué haciéndose más consciente el movimiento obrero, y a la vez más revolucionario, que no en vano luchaban los trabajadores y adquirían de la realidad experiencias dolorosas.

Un meeting en favor de las diez horas tuvo lugar en Pittsburgh, el 18 de Junio de 1845, a consecuencia del cual, se declararon en huelga más de 4,000 obreros que resistieron cinco

semanas, á pesar de no contar con grandes recursos.

Desde 1845 á 1846, las huelgas se repitieron continuamente en los Estados de Nueva-Inglaterra, Nueva-York y Pensilvania.

El primer Congreso obrero se celebró en Nueva-York el 12 de Octubre de 1845, y en él se acordó la organización de una sociedad secreta para apoyar las reivindicaciones del proletariado americano.

A medida que aumentaba la agitación en las filas de la clase trabajadora, germinaba en las esferas del poder la idea de hacer concesiones. Y aunque éstas habian de resultar, como resultaron, perfectamente inútiles, no por eso dejaron de hacerse.

El Parlamento inglés estableció la jornada legal de las diez horas en 1847, y en los Estados Unidos se celebraron innumerables meetings para felicitar á los obreros británicos por su triunfo. ¡Felicitación vana, porque los grandes acaparadores ingleses no habian de conceder lo que el Estado les imponía!

En el mismo año fué promulgada una ley en el mismo sentido en New Hampshire.

A consecuencia de un Congreso industrial, celebrado en Chicago en Junio de 1850, se organizaron en muchas ciudades agrupaciones de oficio para obtener la jornada de diez horas por medio de la huelga.

En 1853, en casi toda la República no se trabajaba más que once horas, mientras que antes no se trabajaba menos de catorce.

Aunque lentamente, aquellos burgueses encopetados tuvieron que ir concediendo lo que los obreros pretendían. En algunos Estados llegó á promulgarse la legalidad de las diez horas.

Desde entonces, los obreros norteamericanos consagraron todos sus esfuerzos á obtener la reducción de la jornada de trabajo á ocho horas solamente.

El Presidente Johnson promulgó la legalidad de las ocho horas para todos los empleados del gobierno, y los obreros continuaron reclamando á los burgueses la adopción del sistema de las ocho horas.

El 20 de Agosto de 1866 se celebró en Baltimore un gran Congreso obrero, en el cual se declaró que ya era tiempo de que los trabajadores abandonasen á los partidos burgueses, y se acordó, en consecuencia, organizar el partido nacional obrero. El 19 de Agosto del siguiente año celebraba ya su primer Congreso en Chicago el nuevo partido.

En 1868 y en los siguientes años se declararon una multitud de huelgas en pro de las ocho horas, perdiéndose la mayor parte de ellas. No por esto el movimiento cesó, sino que, como siempre, estas luchas animaron á los obreros á mayores empresas, incli nándolos cada vez más á las ideas socialista. La «Liga de las Ocho horas» que se organizó en Boston el año 1869, adoptó decididamente el programa socialista, y en Filadelfia se organizaron en el mismo año los Caballe-

ros del Trabajo, asociación que entonces tenía grandes aspiraciones y hoy es compoñe de complacientes servidores de la burguesía, por haberse entregado á hombres ambiciosos y sin pundonor.

De 1870 á 1871 empezaron á organizarse entre los alemanes residentes en los Estados Unidos las primeras fuerzas de la «Asociación Internacional de Trabajadores». La influencia que esta sociedad ejerció en el movimiento obrero americano fué notabilísima. Las masas populares, aun no bien penetradas de sus verdaderas aspiraciones, empezaron á comprender toda la grandeza de las ideas revolucionarias, y pronto adoptaron otros temperamentos y otras tendencias. Puede decirse que los trabajadores americanos, como los europeos, deben sus más firmes ideas sociológicas á aquella gran asociación, que si en apariencia ha muerto, vive hoy más que nunca en todos los pueblos y en todos los que luchan por su emancipación definitiva.

Como consecuencia inmediata de la organización de la Internacional se declararon en huelga en Nueva York más de cien mil obreros.

El invierno de 1873-74 fué crudísimo, y la paralización de los trabajos tan grande, que muchos miles de hombres sufrieron los horrores de una muerte lenta por el hambre y el frío. Los obreros sin trabajo de Nueva York se reunieron en imponente manifestación el 13 de Enero de 1872, para que el público apreciara su estado de pobreza; y cuando la plaza pública estaba materialmente cubierta con hombres, mujeres y niños, la policía acometió brutalmente por todas partes á la manifestación, disolviéndola en medio del mayor espanto de aquellos hambrientos indefensos. Este acto bárbaro, esta inculficable conducta de la fuerza pública, deben anotarla en cartera los apologistas de las libertades americanas.

Desde 1873 á 1876 fueron muchas las huelgas que se registraron en los Estados de Nueva Inglaterra, Pensilvania, Illinois, Indiana, Missouri, Maryland, Ohio y Nueva-York, viniendo á ser así como el preámbulo de los últimos acontecimientos. Las grandes huelgas de los empleados de ferrocarriles en 1877 fueron el comienzo indudable del conflicto actual entre el capital y el trabajo.

Finalmente, en el año 1880 quedó organizada la Federación de los trabajadores de los Estados Unidos y Canadá, y en Octubre de 1884 acordóse en una reunión celebrada en Chicago, verificarse en 1.º de Mayo de 1886 la huelga general por las ocho horas. En la fecha acordada estalló en aquella población la huelga, y desde luego, obtuvieron un triunfo completo los constructores de edificios, los tabaqueros y otros oficios.

Hay que tener en cuenta que los canteros de Chicago no trabajan más que ocho horas desde 1867, y que muchos Estados se apresuraron á decretar la jornada legal de las ocho horas, decretos y leyes que fueron por completo letra muerta, pues los burgue-

ses prescindieron y prescinden de ellas, como hacen siempre que á sus ilegítimos intereses conviene.

En conclusión: mas de 200,000 obreros de los Estados Unidos habian obtenido á mediados de Mayo, de 1886 una reducción de horas y otras ventajas. De 110,000 obreros que en Chicago y en sus alrededores se declararon en huelga, 47,500 obtuvieron triunfo completo sin grande esfuerzo.

Esta rápida reseña del movimiento obrero en los Estados Unidos, demuestra que desde 1832 á 1853 se consiguió una reducción general de tres horas en la jornada de trabajo; que los obreros, despues de agotar todos los medios legales pidiendo al Estado lo que no puede dar, se decidieron por las ideas revolucionarias y por la huelga general, como únicos medios de luchar ventajosamente con el coloso de la explotación. Y demuestra asimismo que, á pesar de las brutalidades de la policía y de los burgueses, sus instigadores, la jornada de ocho horas se impone.

En un país en que las industrias textiles mantienen en Pensilvania 5,300 niños menores de 15 años, 4,300 niñas menores de 14, y 27,000 mujeres y muchachas de mayor edad en un trabajo penoso; en un país en que hay una ciudad como Filadelfia donde los niños trabajan en los almacenes, en las tiendas y en las fericas 14 y 16 horas diarias; en un país en que solo en las factorias de Nueva Jersey se explota á 15,000 niños de 8 á 15 años; en un país donde la relación de los niños menores de 15 años ocupados en diferentes trabajos al número de todos los demás obreros es de 3 á 7 y de 2 á 5, casi la mitad; en un país tal, tiene que ser necesariamente muy enérgica la actitud de los trabajadores para suprimir de una vez todas estas infamias, que matan lentamente á los padres y á los hijos, á los adultos y á los muchachos, á las mujeres y á los ancianos. En un país tal, que goza fama de rico y libre, y sin embargo, los obreros sufren tan terrible explotación y viven tan miserables que tienen que arrojar á sus hijos á las rudezas de la faena diaria durante muchas horas; en un país tal, repetimos, es lógico, es necesario que se luche á brazo partido con la infame burguesía, y se dé el impulso á otros países donde los trabajadores no han comprendido bien toda la extensión y la gravedad de sus males.

En Norte-América nació la idea de iniciar la huelga general, y ya hemos visto como la clase trabajadora ha respondido en todas partes á aquella iniciativa. De Chicago partió la primera señal, y apenas ha transcurrido tiempo alguno cuando la lucha se ha generalizado de un modo imponente.

Los poderosos republicanos federales de América han querido detener el movimiento sacrificando á unos cuantos propa andistas, y el movimiento arrolla hoy todos los obstáculos y se sobrepone á todas las resistencias.

Todo es pequeño ante esta preponderante manifestación de las fuerzas revolucionarias.

III

A pesar del gran movimiento obrero que acabamos de reseñar, las ideas socialistas hallaban cierta resistencia entre la población americana, mas extendíanse con inusitada rapidez entre los elementos alemanes y otros que componen una parte muy importante de los centros industriales de los Estados Unidos.

Una de las causas principales de aquella resistencia era la falta de periódicos obreros. *El Socialista* era el periódico que desde Nueva York y editado por Víctor Drury, extendía entre la población de origen inglés las ideas de emancipación social.

En Chicago especialmente los socialistas carecían de fuerza. Durante mucho tiempo Alberto R. Parsons fué el único orador inglés de nuestros ideales. Además los socialistas norteamericanos fiaban mucho en los procedimientos electorales, y fué preciso el transcurso de algun tiempo para que la experiencia les demostrase que solo por los procedimientos revolucionarios se podía obtener algun resultado práctico. En Chicago llegaron, no obstante, á obtener los socialistas significativos triunfos electorales, hasta que mixtificadas las elecciones por el poder, á fin de evitar los exitos continuos del socialismo, y divididos los socialistas en dos bandos por sostener á distintos candidatos, empezó á ganar prosélitos la idea de la abstención y del apartamiento de la política.

El periódico de Boston *Liberty*, editado por el anarquista individualista Tucker, el *Arbeiter Zeitung*, de Spies, y la *Alarm*, de Parsons, que se publicaban en Chicago, popularizaron las ideas anarquistas revolucionarias.

Los anarquistas de Chicago combatieron primeramente el acuerdo de la Federación de los Trabajadores de Estados Unidos y Canadá referente á la huelga de 1° de Mayo de 1886, pero combatieronlo por juzgarlo insuficiente y ser partidarios de ir derechamente á la Revolución. Mas tarde, dejaron de combatirlo y aún lo apoyaron, pues comprendieron que la huelga general por las ocho horas era indudablemente un medio de aunar las fuerzas obreras y agitar la opinión y las masas, preparándolas para otras más resueltas actitudes.

Se formó en Chicago una asociación de las ocho horas y se celebraron multitud de reuniones al aire libre, organizándose y preparándose casi todos los oficios para la anunciada huelga.

Los grupos socialistas y anarquistas desplegaron en esta tarea una actividad prodigiosa, tendiendo siempre á establecer la solidaridad más estrecha entre todos los trabajadores.

The Alarm era el órgano de los anarquistas americanos, y desde las columnas de aquel periódico hizo Parsons una enérgica campaña en pró de la huelga general por las ocho horas. El órgano mas importante de los anarquistas alemanes, el *Arbeiter Zeitung*, del que eran los principales redactores Spies, Schwab y Fischer, no se distinguió menos en la propaganda de la huelga general. Ambos periódicos agitaron la opinión de tal mane-

ra, que desde luego, se prevía que la lucha iba á ser terrible.

Los oradores anarquistas que más se distinguieron en los meetings fueron Parsons, Spies, Fielden y Engel. Estos eran conocidos como tales, no sólo entre los trabajadores, sino también entre los burgueses.

A medida que se aproximaba el día 1° de Mayo, la agitación iba en aumento. Los capitalistas empezaron á tener miedo y decidieron organizarse para resistir las pretensiones de los obreros, y la prensa asalariada se mostró cruel é infame en los medios que proponía para acallar el descontento de las clases jornaleras.

La lucha que se avecinaba tuvo por preliminar graves conflictos entre patronos y obreros. El más importante ocurrió durante el mes de Febrero en la factoría de Mc Cormicks, donde fueron despedidos 1,200 obreros por negarse á abandonar sus respectivas organizaciones.

Por fin llegó el 1° de Mayo. Miles de trabajadores abandonaron sus faenas y proclamaron la jornada de ocho horas. La Unión Central Obrera de Chicago convocó un meeting al que asistieron 25,000 personas. Dirigió en la palabra á la concurrencia Spies, Parsons, Fielden y Schwab.

La paralización de los trabajos se generalizó. En unos cuantos días los huelguistas habían llegado á más de 50,000. Las reuniones se multiplicaron. La policía andaba ansiosa sin saber qué hacerse. Tuvo el valor de acometer á una manifestación de 600 mujeres pertenecientes al ramo de sastrería.

Los patronos empezaron á hacer concesiones. La causa del trabajo triunfaba en toda la línea.

El 2 de Mayo tuvo lugar meeting de los obreros despedidos de la factoría Mc Cormicks para protestar de los atropellos de la policía. Los oradores de este meeting fueron Parsons y Schwab.

El día 3 se celebró un imponente meeting cerca de Mc Cormicks. Spies, que era conocido como buen orador, fué invitado á hablar. Cuando trató de hacerlo, muchos concurrentes ajenos á las ideas socialistas protestaron, gritando que no querían oír discursos anarquistas. Pero Spies continuó su peroración, y bien pronto dominó al público, siendo oído en medio de un gran silencio. A las cuatro sonó la campana de Mc Cormicks, y empezaron á salir los obreros que continuaban trabajando en la factoría. Una gran parte de los reunidos hizo un movimiento de avance hacia Mc Cormicks, sin que Spies interrumpiese su discurso, que duró aún quince minutos. El pueblo empezó á arrojar piedras á la factoría pidiendo la paralización de los trabajos. Entonces se avisó por teléfono á la policía, que acudió apresurada. Fué acogida su presencia con grandes muestras de desagrado y acometió por ello á la multitud disparando algunos tiros. Los obreros se defendieron á pedradas y á tiros de revólver. La policía hizo entonces un fuego vivo y continuo sobre la muchedumbre, no respetando

á los niños, á las mujeres ni á los ancianos. El terror se apoderó de las masas, que huyeron despavoridas, dejando tras de sí seis muertos y gran número de heridos.

Preso de gran indignación corrió Spies á las oficinas del *Arbeiter Zeitung* y escribió un manifiesto titulado «Circular de la Revancha» que fué distribuido en todas las reuniones obreras.

Entre las reuniones que aquella misma noche se celebraron figura una del grupo socialista «Lehr und Wehr Verein», en la que estuvieron presentes Engel y Fischer. Se discutieron los sucesos de Mc Cormicks y lo que en su consecuencia debía hacerse, sobre todo si la policía atacaba á los trabajadores de nuevo. Se acordó por de pronto convocar un meeting en Haymarket para la noche siguiente, á fin de protestar contra las brutalidades policíacas.

A la mañana siguiente, 4 de Mayo, Fischer informó á Spies del acuerdo tomado y le invitó á que hablase en el meeting, prometiéndole así Spies. Este vó poco después la convocatoria del meeting en la que leía: «¡Trabajadores, á las armas, y manifestáos en toda vuestra fuerza!» Entonces Spies dijo que era necesario prescindir de aquellas palabras y Fischer accedió á su deseo. De la convocatoria, así corregida, se tiraron veinte mil ejemplares que fueron repartidos entre los obreros.

Parsons se hallaba á la sazón ausente en Cincinnati. Al llegar á Chicago el día 4 por la mañana, ignorando el acuerdo tomado y queriendo ayudar á su esposa en los trabajos de organización de las costureras, convocó al «Grupo americano» á una reunión en las oficinas del *Arbeiter Zeitung*.

Por la tarde fué Spies á Haymarket, y no viendo á ningún orador inglés se dirigió con algunos amigos en busca de Parsons, y como no lo hallase, volvió á Haymarket ya de noche y dió principio al meeting.

Entre tanto algunos miembros del «Grupo americano», entre ellos Fielden y Schwab, fueron llegando á la redacción del *Arbeiter Zeitung*. A eso de las ocho y media entró Parsons con su compañera, sus dos niños y la señorita Holmes Schwab, abandonó pronto el local para dirigir un meeting en Deering, en donde estuvo hasta las diez y media.

La discusión sobre la organización de las costureras cesó al tenerse noticia de que en Haymarket hacían falta oradores ingleses, á donde se dirigieron Parsons y su familia, Fielden y la mayor parte de los concurrentes.

Al llegar Parsons al meeting dejó de hablar Spies y tomó aquel la palabra. Su discurso duró una hora próximamente. El meeting se celebró en medio del mayor orden hasta el punto de que el Mayor de Chicago, que asistía al meeting con propósito de disolverlo, si era necesario, lo abandonó al concluir de hablar Parsons, avisando al capitán Bonfield que diese las órdenes oportunas á los pues-

tos de policía para que se retiraran las fuerzas a sus casas.

A Parsons siguió en el uso de la palabra Fielden. El tiempo amenazaba lluvia y soplaban un aire frío, por cuya razón a iniciativa de Parsons, se continuó la reunión en el próximo salón llamado Zept Hall. No obstante esto, continuó hablando Fielden ante unos cuantos centenares de obreros que quedaron en Haymarket.

La mayor de la concurrencia y entre ellos Parsons, se dirigieron a Zept Hall, donde encontraron a Fischer.

Terminaba ya Fielden su discurso, cuando del puesto de policía inmediato se destacaron en formación correpta y con las armas preparadas unos ciento ochenta policías. El capitán del primer cuerpo había ordenado que se disolviese el meeting, y sus subordinados, sin esperar a más, fueron avanzando en actitud amenazadora.

Cuando era inminente el ataque de la policía, cruzó el espacio un cuerpo luminoso que, cayendo entre la primera y segunda compañía, produjo un estruendo formidable. Cayeron en el suelo más de sesenta policías heridos y muertos uno de ellos llamado Degan.

Instantáneamente la policía hizo una descarga cerrada sobre el pueblo, y éste huyó despavorido en todas direcciones. Perseguidos a tiros por la policía, muchos perecieron o quedaron mal heridos en las calles de Chicago.

Los burgueses, en el período algado de su excitación, habían perdido la cabeza, e impulsados por el frenesí del terror, empujaban a la fuerza pública a la matanza.

Se prendió a los obreros a derecha e izquierda, se profanaron muchos domicilios privados y se arrancó de ellos a pacíficos ciudadanos sin causa alguna justificada.

Los oradores de Haymarket a excepción de Parsons que se había ausentado, fueron detenidos; los que se habían significado de algún modo en el movimiento obrero fueron perseguidos y encarcelados. El periódico *Arbeiter Zeitung*, fué suprimido, y todos sus impresores y editores detenidos. Los meetings obreros fueron prohibidos o disueltos.

Después se hicieron circular los rumores más absurdos y terroríficos de supuestas conspiraciones contra la propiedad y la vida de los ciudadanos. La prensa capitalista no cesó de gritar: «¡Crucificadlos!»

Así fué bruscamente interrumpido el movimiento por las ocho horas de trabajo.

La policía se entregó a un misterioso y significativo silencio, a la par que hacía circular la especie de que tenía ya las pruebas más evidentes contra los perpetradores del crimen de Haymarket. Indudablemente se preparaba una comedia sangrienta.

Las comedias policíacas habían tenido un digno remate.

¿Qué de extraño tiene, qué de particular que un trabajador cualquiera hubiese arrojado una bomba que sembró el espanto en medio de la policía, si ésta había ametrallado y tratado de ametrallar otra vez a pacíficos obreros que ejercían su derecho ga-

rantizado por las leyes americanas?

¿Por qué admirarse de una consecuencia natural del derecho a la defensa propia?

Perseguidos a tiros los trabajadores debían de contestar y contestaron como era natural: la fuerza contra la fuerza.

Debían morir matando. Cualquiera otra cosa hubiera sido cobarde.

IV

A consecuencia de los sucesos que acabamos de reseñar, se invocó el correspondiente proceso. El día 17 de Mayo se reunió el «Gran Jurado».

Desde Chicago se dirigió a un periódico de Nueva York un telegrama que decía:

«El Jurado es de los mejores y podemos asegurar que la *anarquía* y el crimen no tendrán cuartel en manos de los que componen aquella corporación. Es indudable que Spies, Parsons, Schwab y otros agitadores serán acusados.»

Y en efecto, el jurado se componía de elementos predispuestos contra los socialistas y anarquistas, y los principales propagandistas y escritores de la ideas fueron acusados.

La acusación contenía sesenta y nueve cláusulas complicando en el asesinato del policía Degan a Augusto Spies, Michael Schwab, Samuel Fielden, Adolfo Fischer, Georg Engel, Luis Lingg, Oscar W. Neebe, Rodolfo Schnaubelt y William Selier.

El último hizo traición vendiéndose villanamente a la policía.

Schnaubelt y Parsons no se hallaban en poder de la policía, pero el segundo, cuando llegó el momento preciso convencido de su inocencia, se presentó en el banco de los acusados para ofrecer con sus compañeros la vida en holocausto de las ideas.

El día 21 de Junio tuvo lugar el examen de los jurados ante el Juez Joseph E. Gary. Fueron interrogados más de mil individuos, entre los cuales sólo había cinco o seis obreros que fueron recusados por el ministro público. En cambio fueron admitidos hombres que declaraban previamente que tenían un prejuicio desfavorable acerca de los anarquistas y socialistas, como clase; hombres que afirmaban estar previamente convencidos de la culpabilidad de los acusados. En los autos constan estas declaraciones, y a pesar de las oportunas protestas los acusados tuvieron que conformarse a poner su vida en manos de gentes que desde luego los creían criminales.

Cuando la defensa pidió que se destruyese de nuevo el sumario, se hizo constar por medio de declaración jurada que el que el alguacil especial Henry Rice había dicho a varias personas muy conocidas en Chicago, que al efecto se citaban, que él había sido el encargado de prepararlo todo de tal modo que no formaran parte del jurado más que hombres desfavorables a los acusados y éstos hubieran de ser así condenados forzosamente. ¡Hé ahí la pureza de la justicia federal de los Estados Unidos!

El examen de los jurados duró vein-

tidos días. El 15 de Julio, Grinnell, como representante del Estado, empezó su acusación complicando a los comparecientes con los delitos de conspiración y asesinato y prometiendo probar quién había arrojado la bomba de Haymarket.

Fundaba la acusación en que los procesados pertenecían a una sociedad secreta que se proponía producir la Revolución Social y destruir por medio de la dinamita el orden actual. El 1° de Mayo era el día señalado para realizar el movimiento, pero causas imprevistas lo impidieron. Así quedó aplazado para el 4 en Haymarket. Lingg era, según Grinnell, el encargado de comprar dinamita y confeccionar bombas. Schnaubelt, cuñado de Schwab, era el que había arrojado la bomba de Haymarket con la ayuda de Spies. El plan de acción había sido preparado por este último. Grinnell acusó de cobarde a Spies porque no asistió a la refriega de Mc. Cormiks, pero más adelante, a fin de sentenciarlo a muerte acumuló sobre él toda clase de horrores apoyándose en el testimonio de un tal Gilmer, que afirmó haber visto al *coba* prender fuego a la mecha de una bomba arrojada en Haymarket. La vasta asociación secreta denunciada era obra de la Internacional. Los miembros de dicha asociación, se dividían en grupos encargados unos de la propaganda revolucionaria, otros de la fabricación de bombas y otros de preparar en el manejo de las armas a los afiliados.

Todo lo que pudo probar el representante del Estado es que si cuanto relató fuera cierto, hubiera indudablemente estallado en Chicago una terrible rebelión de los trabajadores. Demostró además que los acusados eran todos anarquistas o socialistas, partidarios de la Revolución, pero no pudo probar su participación directa en el delito que se les imputaba.

Los testimonios más importantes para el ministerio fiscal, tampoco pudieron probar nada en concreto contra los procesados.

Waller, Schrader y Seliger, antes compañeros de los acusados, depusieron contra los mismos, por temor a las consecuencias del proceso ó por obtener las promesas que la policía les había hecho.

Waller pretendió probar la conspiración, y se vió obligado a declarar que en el meeting de Haymarket ni siquiera se esperaba a la policía y que en la reunión preparatoria para convocarlo no se habló nada de la dinamita. Waller se vendió miserablemente a la policía, pues su hermana Paulina Brandes declaró, cuando ya habían sido ejecutados nuestros amigos, ante el Juez Eberhardt, que todo lo dicho por su hermano era falso.

Schrader había de comprobar lo dicho por Waller, pero su testimonio fué tan favorable para los acusados, que el procurador del Estado, perdiendo la calma, gritó, dirigiéndose a la defensa: «Este testigo no es nuestro, es vuestro!»

Gilmer declaró que había visto a

Schnaubelt arrojar la bomba asistido por Fischer y Spies. Pero se probó que Fischer estaba en Zept-Hall en el momento en que se arrojó la bomba, Spies en la tribuna de los oradores, y que la descripción del acto no se ajustaba con la situación y aparición de Schnaubelt. Su irresponsabilidad fué denunciada por un gran número de testigos.

Seliger quise probar que Lingg había fabricado la bomba de Haymarket, pero no pudo probar sino que Lingg hacía bombas, lo cual no es contrario á las leyes de aquel país, sin que consiguiese demostrar que existía alguna conexión entre la bomba de Haymarket y las fabricadas por Lingg. La defensa presentó dos testigos que negaban el testimonio de Seliger, pero la sala los rescusó con la imparcialidad de siempre.

Para probar el delito de conspiración, el ministerio fiscal acudió á la prensa anarquista, presentando trozos de artículos y discursos de los procesados, anteriores con mucho á los sucesos origen del proceso. El objeto de semejantes pruebas era bien claro. A pesar de no ser nuestras locuciones contra el actual orden de cosas tan duras como las que usa la prensa burguesa de la República modelo cuando pide la matanza de los obreros, se prepararon convenientemente para aterrorizar á los jurados, ya mal dispuestos contra los socialistas y anarquistas como clase. Esta apelación á las pasiones de los jurados se extremó hasta el punto de exhibir armas, bombas de dinamita y ropas ensangrentadas que se decían pertenecientes á los polizontes asesinados.

La teoría del representante del Estado quedó, á pesar de todo, completamente destruida, porque no se consiguió establecer una relación evidente entre la bomba arrojada en Haymarket y los anarquistas procesados.

Los hechos, solo los hechos quedaron en pié. Degan primero y siete policía más después, habian muerto; otros sesenta habian sido heridos; los acusados habian empleado duras palabras contra el actual orden de cosas, contra la irritante distribución del trabajo y de la riqueza, contra las leyes y sus mantenedores, contra la tiranía del Estado y el privilegio de la propiedad, y era necesario tomar vida por vida y ahogar en sangre la naciente idea anarquista. Los ocho procesados fueron sentenciados.

El 20 de Agosto se hizo público el veredicto del jurado. Augusto Spies, Miguel Schwab, Samuel Fielden, Alberto R. Parsons, Adolfo Fischer, Georg Engel y Luis Lingg fueron condenados á muerte; Oscar W. Neebe á reclusión por quince años.

Ocho hombres condenados por ser anarquistas, y siete de ellos á muerte en la libre y feliz República Federal Norteamericana; ¡hé ahí el resultado final de una comedia infame en la que no hubo procedimiento indigno á que no se apelase ni falsedad ni perjurio que no se admitiese! ¡Hé ahí las ventajas que los trabajadores pueden esperar de las repúblicas! ¡Hé ahí la

demostración evidentísima de que la lucha de clases se sobrepone á la lucha política! ¡Hé ahí la prueba de que sólo por la Anarquía y la Revolución puede emanciparse el proletariado!

V

Las defensas de los abogados, aunque notables en la forma, carecen de importancia por una razón fácil de comprender. A los acusados no se les probó que hubieran cometido crimen alguno; luego poco había de costar á los defensores demostrar que la petición fiscal era, además de injusta, bárbara y cruel.

La acusación insistía principalmente en las ideas que profesaban los procesados, y en este punto nada podían hacer los defensores, ya que aquellos no renegaban de sus ideas, sino que se mostraban orgullosos de ellas.

Son, pues, las defensas ó discursos de los mismos acusados los que tienen importancia verdadera, y vamos á reproducirlas!

Hé aquí los discursos.

AUGUSTO SPIES

DISCURSO

Al dirigirme á este tribunal lo hago como representante de una clase en frente de los de otra clase enemiga, y empezaré con las mismas palabras que un personaje veneciano pronunció hace cinco siglos ante el Consejo de los Diez en ocasión semejante: «Mi defensa es vuestra acusación; mis pretendidos crímenes son vuestra historia.» Se me acusa de complicidad en un asesinato y se me condena, á pesar de no presentar el ministerio público prueba alguna de que yo conozca al que arrojó la bomba ni siquiera de que en tal asunto haya tenido intervención alguna. Sólo el testimonio del procurador del Estado y de Bonfield y las contradictorias declaraciones de Thomson y de Gilmer, testigos pagados por la policía, pueden hacerme pasar como criminal. Y si no existe un hecho que pruebe mi participación ó mi responsabilidad en el asunto de la bomba, el veredicto y su ejecución no son más que un crimen maquiavélicamente combinado y friamente ejecutado, como tantos otros que registra la historia de las persecuciones políticas y religiosas. Se han cometido muchos crímenes jurídicos, aun obrando de buena fé los representantes del Estado, creyendo realmente delinquentes á los sentenciados. En esta ocasión ni esa excusa existe. Por sí mismos, los representantes del Estado han fabricado la mayor parte de los testimonios, y han elegido un jurado vicioso en su origen. Ante este tribunal, ante el público, yo acuso al procurador del Estado y á Bonfield de la conspiración infame para asesinarlos.

Referiré un incidente que arrojará bastante luz sobre la cuestión.

La tarde del meeting de Haymarket, encontré á eso de las ocho á un tal Legner. Este joven me acompañó, no dejándome hasta el momento que bajé de la tribuna, unos cuantos segundos antes de estallar la bomba. El sabe que no ví á Schwab aquella tarde.

Sabe también que no tuve la conversión que me atribuye Thomson. Sabe que no bajé de la tribuna para encender la mecha de la bomba. ¿Por qué los honorables representantes del Estado, Grinnell y Bonfield, rechazan á este testigo que nada tiene de socialista? Porque probaría el perjurio de Thomson y la falsedad de Gilmer. El nombre de Legner estaba en la lista de los testigos presentados por el ministerio público. No fué, sin embargo, citado, y la razón es obvia. Se le ofrecieron 500 duros porque abandonase la población, y rechazó indignado el ofrecimiento. Cuando yo preguntaba por Legner nadie sabía de él; ¡el honorable, el honorabilísimo Grinnell me contestaba que él mismo lo había buscado sin conseguir encontrarle. Tres semanas después supe que aquel joven había sido conducido por dos policías á Buffalo, Nueva York ¡Juzgad quiénes son los asesinos!...

Si yo hubiera arrojado la bomba ó hubiera sido causa de que se arrojara, ó hubiera siquiera sabido algo de ello no vacilaría en afirmarlo aquí. Ciertamente murieron algunos hombres y fueron heridos otros más. ¡Pero así se salvó la vida á centenares de pacíficos ciudadanos! Por esa bomba, en lugar de centenares de viudas y huérfanos, no hay hoy más que unas cuantas viudas y algunos huérfanos!

Mas, decís, «habeis publicado artículos sobre la fabricación de dinamita.» Y bien; todos los periódicos los han publicado, entre ellos los titulados *Tribune* y *Time*, de donde yo los trasladé en algunas ocasiones al *Arbeiter Zeitung*. ¿Por qué no traéis á la barra á los editores de aquellos periódicos?

Me acusáis también de no ser ciudadano de este país. Resido aquí hace tanto tiempo como Grinnell, yo soy tan buen ciudadano como él cuando menos, aunque no quisiera ser comparado con tal personaje.

Grinnell ha apelado innecesariamente al patriotismo del jurado, y yo voy á contestarle con las palabras de un literato inglés: «*El patriotismo es el último refugio de los infames!*»

¿Qué hemos dicho en nuestros discursos y en nuestros escritos?

Hemos explicado al pueblo sus condiciones y relaciones sociales; le hemos hecho ver los fenómenos sociales y las circunstancias y leyes bajo las cuales se desenvuelven; por medio de la investigación científica hemos probado hasta la saciedad que el sistema del salario es la causa de todas las iniquidades, iniquidades tan monstruosas que claman al cielo. Nosotros hemos dicho, además, que el sistema del salario, como forma específica del desenvolvimiento social, habría de dejar paso, por necesidad lógica, á formas más elevadas de civilización; que dicho sistema preparaba el camino y favorecía la fundación de un sistema cooperativo universal, que tal es el *Socialismo*. Que tal ó cual teoría, tal ó cual diseño del mejoramiento futuro no eran materia de elección, sino de necesidad histórica, y que para

nosotros la tendencia del progreso era la del *Anarquismo*, esto es, la de una sociedad libre sin clases ni gobernantes, una sociedad de soberanos en la que la libertad y la igualdad económica de todos produciría un equilibrio estable como base y condición del orden natural.

Grinnell ha dicho repetidas veces que es la Anarquía la que se trata de sojuzgar. Pues bien; la teoría anarquista pertenece a la filosofía especulativa. Nada se habló de la Anarquía en el meeting de Haymarket. En este meeting solo se trató de la reducción de las horas de trabajo. Pero insistid: ¡Es la Anarquía a la que se juzga! Si así es, por vuestro honor que me agrada: yo me sentencio, porque soy *anarquista*. Yo creo, como Buckle, como Paine, como Jefferson, como Emerson y Spencer y muchos otros grandes pensadores del siglo, que el estado de castas y de clases, el estado donde unas clases viven a expensas del trabajo de otra clase—á lo cual llamáis *orden* yo creo, sí, que esta bárbara forma de la organización social con sus robos y sus asesinatos legales está próxima á desaparecer y dejará pronto paso á una sociedad libre, á la asociación voluntaria ó hermandad universal, si lo preferís. Podeis, pues, sentenciarme, honorable juez, pero que al menos se sepa que en el Illinois ocho hombres fueron sentenciados á muerte por creer en un bienestar futuro, por no perder la fé en el último triunfo de la Libertad y de la Justicia!

Nosotros hemos predicado el empleo de la dinamita. Sí, nosotros hemos propagado lo que la historia enseña: que las clases gobernantes actuales no han de prestar más atención que sus predecesoras á la poderosa voz de la razón; que aquellas apelarán á la fuerza bruta para detener la rápida carrera del progreso. ¿Es ó no es verdad lo que hemos dichos?

Grinnell ha repetido varias veces que éste es un país adelantado. ¡El veredicto corrobora tal aserto!

Este veredicto lanzado contra nosotros es el anatema de las clases ricas sobre su espoliadas víctimas, el inmenso ejército de los asalariados. Pero si creéis que ahorcándonos podeis contener el movimiento obrero, ese movimiento constante en que se agitan millones de hombres que viven en la miseria, los esclavos del salario; si esperáis salvación y lo creéis, ahorcadnos! Aquí os hallais sobre un volcan, y allá y acullá y debajo y al lado y en todas partes fermenta la Revolución. Es un fuego subterráneo que todo lo mina. Vosotros no podeis entender esto. ¡No creéis en las artes diabólicas como vuestros antecesores, pero creéis en las conspiraciones, creéis que todo esto es la obra de los conspiradores! Os asemejais al niño que busca su imagen detrás del espejo. Lo que veis en nuestro movimiento, lo que os asusta es el reflejo de vuestra maligna conciencia. ¿Quereis

destruir á los agitadores? pues aniquilad á los patrones que amasan sus fortunas con el trabajo de los obreros. acabad con los terratenientes que amontonan sus tesoros con las rentas que arrancan á los miserables y escualidos labradores, suprimid las máquinas que revolucionan la industria y la agricultura, que multiplican la producción, arruinan al productor y enriquecen á las naciones; mientras el creador de todas esas cosas anda en medio, mientras el Estado prevalezca, el hambre será el suplicio social. Suprimid el ferro-carril, el telégrafo, el teléfono, la navegación y el vapor, suprimios vosotros mismos, porque excitáis el espíritu revolucionario....

... ¡Vosotros y solo vosotros sois conspiradores y los agitadores!

Ya he expuesto mis ideas. Ellas constituyen una parte de mí mismo. No puedo prescindir de ellas y aunque quisiera no podría. Y si pensais que habreis de aniquilar estas ideas que ganan más y más terreno cada dia, mandándome á la horca; si una vez más aplicáis la pena de muerte por atreverse á decir la verdad,—y os desafiáis á que demostreis que hemos mentido alguna vez,—yo os oigo: si la muerte es la pena que imponeis por proclamar la verdad, entonces estoy dispuesto á pagar tan costoso precio. ¡Ahorcadnos! *La verdad crucificada en Sócrates, en Cristo, en Giordano Bruno, en Juan de Huss, en Galileo, vive todavía; estos y otros muchos nos han precedido en el pasado. ¿Nosotros estamos pronto á seguirles!*

El discurso de Spies, interrumpido sin cesar por el juez, duró más de dos horas. Hablaba con fervoroso entusiasmo, y las interrupciones hacíanle más enérgico y elocuente.

MIGUEL SCHWAB

DISCURSO

Hablaré poco, y seguramente no despegaría los labios si mi silencio no pudiera interpretarse como un cobarde asentimiento á la comedia que acaba de desarrollarse.

Denominar justicia á los procedimientos seguidos en este proceso sería una burla. No se ha hecho justicia ni podría hacerse, porque cuando una clase está enfrente de otra es una hipocresía y una maldad suponerlo tan sólo.

Decís que la anarquía está procesada, y la anarquía es una doctrina hostil á la fuerza bruta, opuesta al presente criminal sistema de producción y distribución de la riqueza.

Me sentenciáis á muerte por escribir en la prensa y pronunciar discursos. El ministerio público sabe tan bien como yo que mi supuesta conversación con Spies jamás existió. Sabe algo mejor que esto: sabe y conoce todas las bellezas del trabajo del que preparó aquella conversación. Cuando comparecí ante el juez al principio de este proceso, dos ó tres policías declararon que sin duda alguna me habian visto en Haymarket, cuando Parsons terminaba su discurso. Entonces sin duda se trataba de atribuirme el delito de arrojar la bomba. Al menos en los primeros tele-

gramas que se dirigieron á Europa se dijo que yo habia arrojado varias bombas sobre la policía. Más tarde se comprendió la inutilidad de esta acusación y entonces fué Schnaubelt el acusado...

...¡Habláis de una gigantesca conspiración! Un movimiento no es una conspiración y nosotros todo lo hemos hecho á la luz del dia.

No hay secreto alguno en nuestra propaganda. Anunciamos de palabra y por escrito una próxima revolución, un cambio en el sistema de producción de todos los países industriales del mundo, y ese cambio viene, ese cambio no puede menos de llegar....

...Nosotros defendemos la anarquía y el comunismo, y ¿por que? Porque si nosotros calláramos, hablarían hasta las piedras. Todos los dias se cometen asesinatos, los niños son sacrificados inhumanamente, las mujeres perecen á fuerza de trabajar y los hombres mueren lentamente consumidos por sus rudas faenas y no he visto jamás que las leyes castiguen estos crímenes.

...Como obrero que soy he vivido entre los míos; he dormido en sus guardillas y en sus cuevas; he visto prostituirse la virtud á fuerza de privaciones y de miseria y morir de hambre hombres robustos por falta de trabajo. Pero esto lo habia conocido en Europa y abrigaba la ilusión de que en la llamada tierra de la libertad no presenciaria estos tristes cuadros. Sin embargo, he tenido ocasión de vencerme de lo contrario. En los grandes centros industriales de los Estados Unidos hay más miseria que en las naciones del Viejo Mundo. Miles de obreros viven en Chicago en habitaciones inmundas, sin ventilación ni espacio suficiente; dos y tres familias viven amontonadas en un solo cuarto y comen p. ltrafas de carne y algunos vegetales. Las enfermedades más crueles se ceban en los hombres, en las mujeres y en los niños, sobre todo en los infelices é inocentes niños.

¿Y no es esto horrible en una ciudad que se respeta civilizada?

...De ahí, pues, que haya aquí más socialistas nacionales que extranjeros, aunque la prensa capitalista afirme lo contrario con objeto de acusar á los últimos de traer la perturbación y el desorden.

El socialismo, tal como nosotros lo entendemos, significa que la tierra y las máquinas deben ser propiedad común del pueblo. La producción debe ser regulada y organizada por asociaciones de productores que suplan á las demandas del consumo. Bajo tal sistema, todos los seres humanos habrán de disponer de medios suficientes para realizar un trabajo útil, y es indudable que nadie dejará de trabajar. Cuatro horas de trabajo cada dia serian suficientes para producir todo lo necesario para una vida confortable con arreglo á las estadísticas. Sobraría, pues, tiempo para dedicarse á las ciencias y al arte.

Tal es lo que el socialismo se propone. Hay quien dice que esto no es americano. Entonces será america-

no dejar al pueblo en la ignorancia, será americano explotar y robar al pobre, será americano fomentar la miseria y el crimen. ¿Qué han hecho los grandes partidos políticos por el pueblo? Prometer muchos y no hacer nada, excepto corromperlo comprando votos en los días de elección. Es natural después de todo que en un país donde la mujer tiene que vender su honor para vivir, el hombre venda el voto.

¿Qué es la Anarquía?

Un estado social en el que todos los seres humanos obran bien por la sencilla razón de que es el bien y rechazan el mal porque es el mal. En una sociedad tal no son necesarias ni las leyes ni los mandatos.

«La anarquía es muerta», ha dicho el procurador general. La anarquía hasta hoy solo existe como doctrina y Mr. Grinnell no tiene poder para matar a una doctrina cualquiera. La Anarquía es hoy una aspiración, pero una aspiración que se realizara más o menos pronto, no sé cuando, pero que se realizará indudablemente.

Es un error emplear la palabra anarquía como sinónimo de violencia, pues son cosas opuestas. En el presente estado social la violencia se emplea a cada momento y por esto nosotros propagamos la violencia también, pero solamente contra la violencia como un medio necesario de defensa.

La Anarquía es el orden sin gobierno. Nosotros los anarquistas decimos que el anarquismo será el desenvolvimiento y la plenitud de la cooperación universal (comunismo). Decimos que cuando la pobreza haya sido eliminada y la educación sea integral y de derecho común, la razón será soberana. Decimos que el crimen pertenecerá al pasado, y que las maldades de aquellos que se extravían podrán ser evitadas de distinto modo al de nuestros días. La mayor parte de los crímenes son debidos al sistema imperante que produce la ignorancia y la miseria.

Nosotros los anarquistas creemos que se acercan los tiempos en que los explotados reclamarán sus derechos a los explotadores y creemos además que la mayoría del pueblo, con la ayuda de los rezagados de las ciudades y de las gentes sencillas del campo, se revelará contra la burguesía de hoy. «La lucha, en nuestra opinión, es inevitable».

LUIS LINGG

DISCURSO

Me concedéis, después de condenarme a muerte, la libertad de pronunciar un último discurso.

Acepto vuestra concesión, pero solamente para demostrar las injusticias, las calumnias y los atropellos de que se me ha hecho víctima.

Me acusáis de asesinato, ¿y qué prueba tenéis de ello?

En primer lugar, traéis aquí a Seliger para que deponga en mi contra. Dice que me ha ayudado a fabricar bombas, y yo he demostrado que las

bombas que tenía las compré en la Avenida de Clybourne, número 58. Pero lo que no habéis probado, aún con el testimonio de ese infame comprado por vosotros, es que esas bombas tuvieran alguna conexión con la de Haymarket.

Habéis traído aquí también algunos especialistas químicos y estos han tenido que declarar, que entre unas y otras bombas había diferencias tan esenciales como la de una pulgada larga en sus diámetros.

Esa es la clase de pruebas que contra mí tenéis.

No, no es por un crimen por lo que nos condenáis a muerte; es, por lo que aquí se ha dicho en todos los tonos, es por la Anarquía, y puesto que es por nuestros principios por lo que nos condenáis, yo grito sin temor: ¡soy anarquista!

Me acusáis de despreciar la ley y el orden. ¿Y qué significan la ley y el orden? Sus representantes son los policías, y entre éstos hay muchos ladrones. Aquí se sienta el capitán Schaack. Él me ha confesado que mi sombrero y mis libros habían desaparecido de su oficina, sustraídos por los policías! ¡Hé ahí vuestros defensores del derecho de propiedad!

Mientras yo declaro francamente que soy partidario de los procedimientos de fuerza para conquistar una vida mejor para mis compañeros y para mí, mientras afirmo que en frente de la violencia brutal de la policía es necesario emplear la fuerza bruta, vosotros tratáis de ahorcar a siete hombres apelando a la falsedad y al perjurio, comprando testigos y fabricando, en fin, un proceso inicuo desde el principio hasta el fin.

Grinnell ha tenido valor, aquí donde no puedo defenderme, de llamarme cobarde. ¡Miserable! ¡Un hombre que se ha aliado con un vil, con un bribón salariado para mandarme a la horca! Este miserable, que por medio de las falsedades de otros miserables como él, trata de asesinar a siete hombres, es quien me llama cobarde!

Me acusa del delito de conspiración. ¿Y cómo se prueba la acusación? Pues declarando sencillamente que la Asociación Internacional de Trabajadores tiene por objeto conspirar contra la ley y el orden. Yo pertenezco a esa Asociación y de esto se me acusa probablemente. ¡Magnífico! ¡Nada hay difícil para el genio de un fiscal!

Yo repito que soy enemigo del orden actual, y repito también que lo combatiré con todas mis fuerzas mientras aliente. Declaro otra vez franca y abiertamente que soy partidario de los medios de fuerza. He dicho al capitán Schaack, y lo sostengo, que si vosotros empleáis contra nosotros vuestros fusiles y vuestros cañones, nosotros emplearemos contra vosotros la dinamita. Os reís probablemente porque estais pensando: «Ya no arrojaremos más bombas.» Pues permitidme que os asegure que muero feliz, porque estoy seguro que los centena-

res y miles de obreros a quienes he hablado, recordarán mis palabras, y cuando hayamos sido ahorcados ellos harán estallar la bomba. En esta esperanza os digo: Os desprecio; desprecio vuestro orden, vuestras leyes, vuestra fuerza, vuestra autoridad. ¡AHORCADME!

JORJE ENGEL

DISCURSO

Empieza diciendo—¿En qué consiste mi crimen?

En que he trabajado por el establecimiento de un sistema social en que sea imposible el hecho de que mientras unos amontonan millones beneficiando las máquinas, otros caen en la degradación y la miseria. Así como el agua y el aire son libres para todos, así la tierra y las invenciones de los hombres científicos deben ser utilizados en beneficio de todos. Vuestros leyes están en oposición con las de la naturaleza, y mediante ellas robáis a las masas el derecho a la vida y al bienestar...

En la noche en que fué arrojada la primera bomba en este país, yo me hallaba en mi casa. Yo no sabía ni una palabra de la conspiración que pretende haber descubierto el ministerio público.

Es cierto que tengo relaciones con mis compañeros de proceso, pero a algunos sólo los conozco por haberlos visto en las reuniones de trabajadores. No niego tampoco que haya yo hablado en varios meetings, afirmando que si cada trabajador llevase una bomba en el bolsillo pronto sería derribado el sistema capitalista imperante.

Esa es mi opinión y mi deseo... Yo no combato individualmente a los capitalistas; combato al sistema que les da el privilegio. Mi más ardiente deseo es que los trabajadores sepan quienes son sus enemigos y quienes sus amigos.

Todo lo demás yo lo desprecio: desprecio el poder de un gobierno infame, sus policías y sus espías.

No tengo más que decir.

SAMUEL FIELDEN

Se levante y dice—«Si me juzgáis convicto de haber propagado el socialismo, y yo no lo niego, entonces ahorcadme por decir la verdad...»

«... Si queréis mi vida por invocar los principios del socialismo y de la Anarquía, como yo entiendo y creo honradamente que los he invocado en favor de la humanidad, os la doy contento y creo que el precio es insignificante ante los resultados grandiosos de nuestro sacrificio...»

«... Yo amo a mis hermanos los trabajadores como me amo a mí mismo. Yo odio la tiranía, la maldad y la injusticia. El siglo XIX comete el crimen de ahorcar a sus mejores amigos. No tardará en sonar la hora del arrepentimiento. Hoy el sol brilla para la humanidad; pero, puesto que para nosotros no puede iluminar más dichosos días, me considero feliz al morir, sobre todo si mi muerte puede adelantar un solo minuto la llegada del venturoso día en que aquel alum-

bre mejor vida para los trabajadores. Yo creo que llegará un tiempo en que sobre las ruinas de la corrupción se levantará la esplendorosa mañana del mundo emancipado, libre de todas las maldades, de todos los monstruosos anacronismos de nuestra época y de vuestras caducas instituciones».

ALBERTO R. PARSONS
DISCURSO

«Me preguntais, comenzó diciendo, por qué razones no debe serme aplicada la pena de muerte, ó lo que es lo mismo, qué fundamentos hay para concederme una nueva prueba de mi inocencia. Yo os contesto y os digo que vuestro veredicto es el veredicto de la pasión, engendrado por la pasión, alimentado por la pasión y realizado, en fin, por la pasión de la ciudad de Chicago. Por este motivo, yo reclamo la suspensión de la sentencia y una nueva prueba inmediata. Esta es una tan solo de las muchas razones que para ello tengo. ¿Y qué es la pasión? Es la suspensión de la razón, de los elementos de discernimiento, de reflexión de justicia necesarios para llegar al conocimiento de la verdad. No podeis negar que vuestra sentencia es el resultado del odio de la prensa burguesa, de los monopolizadores del capital, de los explotadores del trabajo...

«En los veinte años pasados, mi vida ha estado completamente identificada con el movimiento obrero en América, en el que tomé siempre una participación activa. Conozco, por tanto, este movimiento perfectamente y cuanto de él diga en relación con este proceso no será más que la verdad, toda la verdad de los hechos.

«Hay en los Estados Unidos, según el censo de 1880, diez y seis millones doscientos mil jornaleros. Estos son los que por su industria crean toda la riqueza de este país...

«El jornalero es aquel que vive de un salario y no tiene otros medios de subsistencia que la venta de su trabajo hora por hora, día por día, año por año. Su trabajo es toda su propiedad; no posee más que su fuerza y sus manos. De aquellos diez y seis millones de jornaleros sólo nueve son hombres; los demás son mujeres y niños. Si calculamos ahora que cada familia se compone de cinco personas, aquellos nueve millones de obreros representan cuarenta y cinco millones de individuos de toda nuestra población. Pues bien, toda esa gente, que es la que crea la riqueza, como ya he dicho, depende en absoluto de la clase adinerada, de los propietarios.

«Ahora, bien, señores; yo, como trabajador he expuesto, los que cría justos clamores de la clase obrera, he defendido su derecho a la libertad y a disponer del trabajo y de los frutos del trabajo como le acomode. Me preguntais por qué no debo ser ejecutado, y entiendo que esta pregunta implica también que deseais saber por qué existe en este país una clase de gente que apela a vosotros para que no nos concedáis una nueva prueba. Yo creo que los representantes de los

millonarios de Chicago organizados, que los representantes de la llamada «Asociación de los Ciudadanos de Chicago» os reclama nuestra inmediata extinción por medio de una muerte ignominiosa.

«Ellos de una parte y nosotros de otra. Vosotros os levantais en medio representando la justicia. ¿Y qué justicia es la vuestra que lleva a la horca a hombres que no se les ha probado ningún delito?...

«Este proceso se ha iniciado y se ha seguido contra nosotros, inspirado por los capitalistas, por los que creen que el pueblo no tiene más que un derecho y un deber: el de la obediencia. Ellos han guiado el proceso hasta este momento, y como ha dicho muy bien Fielden, se nos ha acusado ostensiblemente de asesinos y se acaba de condenarnos como anarquistas...

«... Pues bien; yo soy anarquista. ¿Qué es el socialismo ó la Anarquía? Brevemente definido es derecho de los productores al uso libre é igual de los instrumentos de trabajo, y el derecho al producto de su trabajo. Tal es el socialismo. La historia de la humanidad es progresiva; es, al mismo tiempo, evolucionista y revolucionaria. La línea divisoria entre la evolución y la revolución jamás ha podido ser determinada. Evolución y revolución son sinónimos. La evolución es el período de incubación revolucionaria. El nacimiento es una revolución; su proceso de desarrollo, la evolución.

«¿Qué es la cuestión social? No es un asunto de sentimiento, no es una cuestión religiosa, no es un problema político, no; es un hecho económico externo, un hecho evidente é innegable. Tiene, sí, sus aspectos emocionales, religiosos y políticos; pero la cuestión es, en su totalidad, una cuestión de pan, de lo que necesitamos diariamente para vivir. Tiene sus bases científicas, y yo voy á exponeros, según los mejores autores, los fundamentos del socialismo.

«El capital, capital artificial, es el sobrante acumulado del trabajo, es el producto del trabajo. La función del capital se reduce actualmente á apropiarse y confiscar para su uso exclusivo y su beneficio, el sobrante del trabajo de los que crean toda la riqueza. El capital es el privilegio de unos cuantos, y no puede existir sin una mayoría cuyo modo de existencia consiste en vender su trabajo á los capitalistas. El sistema capitalista es amparado por la ley, y de hecho la ley y el capital son una misma cosa.

«¿Y qué es el trabajo? El trabajo es un ejercicio, por el se paga un precio llamado salario. El que lo ejecuta, el obrero, lo vende, para vivir, á los poseedores del capital. El trabajo es la expresión de la energía y del poder productor. Esta energía y este poder han de venderse á otra persona, y en esa venta consiste el único medio de existencia para el obrero. Lo único que posee y que en realidad produce para sí, es el jornal. Las sedas, los palacios, las joyas, son para otros. El sobrante de su trabajo no

se le paga, pasa íntegro á los acaparadores del capital.

«He ahí, pues, vuestro sistema capitalista, ese sistema que separa á los hombres en dos clases de tan distinta condición y modo de existencia; y en virtud del cual la riqueza es el poder y el trabajo es la miseria y la impotencia.

«No hay efecto sin causa. El socialismo es el efecto de esa división que acabo de señalar, es el efecto de esa injusticia social...

EPÍLOGO

La vista del tétrico patíbulo no conmovió en lo más mínimo el ánimo sereno de Spies, Parsons, Engel y Fischer, que si bien consagraron á no dudar un recuerdo á sus queridas esposas é hijos, dedicaron su último pensamiento á la causa por ellos tan querida.

Los cuatro hablaron en el patíbulo con calma y sin eso que llaman remordimiento. Recojamos sus últimas palabras, gravémoslas en nuestro corazón y en nuestro cerebro, como únicos y legítimos herederos, prometiendo no abandonar ni un momento la causa por la cual aquéllos sacrificaron sus vidas.

Hélas aquí:

SPIES. ¡Salud, tiempo en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces que hoy sofocan con la muerte!

FISCHER.—¡Hoc die Anarchiel! ¡Viva la anarquía!

ENGEL. ¡Hurra por la Anarquía!

PARSONS, cuya agonía fué horrorosa, apenas pudo hablar porque instantáneamente el verdugo apretó el lazo é hizo caer la trampa. Sus últimas palabras fueron estas:

— ¡Dejad que se oiga la voz del pueblo!

Pocos momentos después los cuatro cuerpos se balanceaban en el aire como fatídicos badajos tocando á rebato contra la sociedad que los había condenados.

La campana de Chicago ha repercutido en el corazón de todos los obreros del mundo...

Noticias

IMPORTANTE—El presente número, como verán nuestros lectores, es dedicado á reseñar uno de los acontecimientos más culminantes «Los sucesos de Chicago» á fin de que el proletariado paraguayo sepa orientarse en los acontecimientos que en no lejano día tendrán que desarrollarse.

COLABORACIONES—El próximo número que sairá á luz el 31 del corriente irá con el material enviado por nuestros colaboradores.

SOLIDARIDAD Avisamos á las camaradas y demás simpatizantes que con el presente número hemos contraído un déficit bastante regular, para nuestros escasos recursos.

DIFUNDID «LA REBELIÓN» QUE ES LUZ Y FUERZA.